

Seix Barral Biblioteca Breve



Adolfo Couve

Narrativa Completa



EL PARQUE

1.

El sol en el atardecer proyectaba sobre la mesa y el muro de la pieza de vestir, movedizas manchas de luz y sombra que llamaron vivamente la atención del joven que se contemplaba en el espejo del *locker*. Este claroscuro variaba en intensidad con los movimientos del follaje. Federico, al mirarse nuevamente, sintió regocijo ante su belleza extraordinaria.

—Estoy en la plenitud de mi vida —dijo en voz alta, como hablando a un amigo, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Los inquietos juegos de luz se fueron atenuando y una penumbra gradual invadió la habitación. Afuera, los árboles del parque enmarcaban con sus ramas irregulares superficies de un cielo de oro.

Federico cruzó lentamente el cuarto y salió al balcón. Apoyado en la baranda, sintió el roce del viento. Abajo, Ernesto, su chofer, limpiaba los asientos del automóvil.

—Ernesto —llamó con voz suave—, esta noche no te voy a ocupar.

El empleado, sin responder, se volvió hacia la silueta inclinada, puso llave a las puertas y ya se dirigía a entregárselas, cuando Federico, adivinando su intención, se lo impidió.

—No subas, no hace falta; lánzamelas desde allí.

El llavero dio contra los balaustres del balcón.

—¡Ya las tengo! —anunció Federico.

—Buenas noches —respondió Ernesto entre dientes, y se alejó por el sendero de ripio.

Federico miró el automóvil en medio de una confusión de sensaciones. A medida que las líneas del techo y del capot se fundían con las sombras, recordó el inicio de su historia.

Había nacido en la portería de una fábrica de maizena de la ciudad de Olmué. Su padre, Hans Lochner, llegado a Chile después de la primera guerra, se casó con Sofía Bueras poco antes de la segunda y Federico vino al mundo junto con el fin de Hitler y las ilusiones del viejo Hans. Este alemán, que balbuceaba un castellano ininteligible, se desempeñaba como portero y sereno de esa fábrica, a la entrada de la cual ocupaba con su familia una especie de barraca de dos pisos que le habían habilitado como vivienda. No lejos de allí se alzaba la garita de techo aguzado en cuyo ápice giraba sin cesar una veleta. Sobre la puerta de calle, atado al alféizar de una de las ventanas del segundo piso, que sostenía una variedad de begonias en macetas, pendía un letrero atiborrado de advertencias para amedrentar a los intrusos. Colindante con dicha puerta se abría el enorme portón por donde circulaban los obreros. Afuera, a un costado de la calzada, había una bomba bencinera al cuidado de Hans. Así, las actividades de este hombre de aspecto severo y que rengueaba un tanto al andar, eran múltiples. Vigilaba incluso la entrada y salida de los operarios, obligándolos a formar largas filas para que marcaran tarjetas en un sonoro reloj que colgaba frente a una salamandra cercada por un aro de hierro.

No tenía escrúpulos en examinarlos uno a uno para cerciorarse de que no se llevaran dentro de sus overoles, etiquetas, envases o productos. Por las noches, envuelto en una manta y sobre una frágil bicicleta, enfocando con una linterna los caminitos, puentes, oficinas y bodegas, revisaba los rincones más apartados. Los domingos hacía fotografías y oficiaba de peluquero. Solía decir a la hora del almuerzo a Federico y a Sofía, que ganaba más dinero con sus actividades domingueras que con lo que recibía como portero, pero, «eso no es seguro, Friedrich, no es seguro», argumentaba.

La pequeña casa, similar a la de los guardavías, estaba toda revestida de tejuelas labradas en alerce, simetría que sólo interrumpían las diminutas ventanas y la puerta que comunicaba con la calle. El segundo piso era de color amarillo, con los marcos y postigos negros, en tanto que abajo estaba pintado de gris, como el muro y el portón.

En medio del pavimento, la bomba bencinera, azul, hacía juego con ese cielo límpido bajo cuya bóveda se desplazaban sigilosas las enormes nubes que, al cambiar de forma, sugerían mil figuras al pequeño Friedrich.

Como su padre era alemán y su madre chilena, el niño se acostumbró a alternar entre esos mundos antagónicos. Lo que le ofrecía

uno resultaba inconciliable con lo que recibía del otro. El padre, de pocas palabras, genio violento y acciones imprevisibles, siempre se mostraba atareado, en tanto que la madre, víctima de un temperamento melancólico, prefería las inalcanzables satisfacciones que produce el ensueño. Los suspiros de Sofía eran consecuencia de las interminables horas que permanecía sentada en su dormitorio del segundo piso, mirando desde la ventana los campos, los sauces, los caminos. A ella acudía el niño cuando quería saber de las historias o sentirse aceptado. Sofía le adoraba y al acariciar su pelo rubio o admirar esos ojos celestes de color distinto a los suyos, pensaba en el milagro de haber concebido un hijo tan ajeno.

Aquél había sido un matrimonio desacertado desde el inicio. Sofía, modesta enfermera, tuvo a su cuidado a Hans cuando éste pasó un par de meses en la sala común del hospital de Olmué. Tal vez los delirios de las altas fiebres, o su lenta convalecencia, acercaron a estos dos seres tan diversos. Después de la enfermedad, Lochner tuvo temor de seguir viviendo solo y le ofreció matrimonio. En lo sucesivo, no dejaría de considerarla como a su enfermera. Ella, ilusionada, imaginó que una conducta intachable lograría conmovér a su esposo, pero el tiempo le demostró lo contrario, y aun cuando Hans mantuvo por Sofía un gran respeto, nunca la amó. Así, la melancolía se apoderó de esta mujer obligada a cocinar comidas extrañas, a entender una lengua difícil y a cumplir infinidad de ritos y costumbres que alejaron a sus amistades.

La suponían afortunada por haber contraído esas nupcias únicas que la elevaron de clase. No faltó sin embargo, el pariente o el amigo perspicaz que adivinó su verdadera condición.

Hubo épocas en que Sofía se propuso firmemente no ceder ante las difíciles circunstancias y afrontar su situación con entereza. Estableció que en su casa sólo se hablara el alemán — asunto que a Hans no significaba el menor esfuerzo —, que se relacionaran únicamente con amigos germanos — que no faltaban en la comarca —, y que se adoptaran en fin, todas las costumbres, caprichos y horarios que a Hans agradaban.

Gracioso resultaba escucharla, en los boliches o en la plaza de Olmué, reprender a su hijo en un alemán deplorable.

Adquirió expresiones impropias a su manera de hablar, tales como llamar a su esposo el «papi» o repetir frases a Federico que no guardaban relación con los hechos.

Advirtiéndole que todos sus esfuerzos eran inútiles y demasiado

orgullosa como para retornar a los suyos y explicar su dolor y fracaso, optó por refugiarse en el dormitorio, escogiendo por confidentes a los cristales de la ventana, que dejaban ir sus suspiros por el campo, dando la impresión de que eran ellos los que mecían las ramas gachas de los sauces.

Su padre significaba para Federico lo contrario de Sofía. Pero no, según se dice, como las caras de una moneda, sino más bien como los platillos de una balanza, ya que el niño no perdía de vista a ninguno de sus progenitores cuando acudía donde el otro. Por el contrario, el ausente se elevaba en la consideración de Federico, como sucede con las pesas, y esto le originaba un sentimiento de culpa que le obligaba a ir continuamente de uno en otro.

El mundo que le ofrecía su padre era el de una persona meticulosa, lleno de aprendizajes, y en donde se daba relieve a la paciencia y a la voluntad. Lo primero que le enseñó el viejo Hans fue la carpintería y la afición a la música. Si a una hora precisa debía guiar la sierra por el arabesco indicado en la plancha de madera terciada, en otra le era necesario hacerlo con el arco del violín sobre las cuerdas.

Tanto la música como la carpintería eran artes fundamentales.

Los domingos, mientras los ingenieros y patronos de la fábrica acudían a la iglesia, Hans, quien profesaba el culto luterano, enseñaba a su hijo a cabalgar. Iban en busca de una yegua que el viejo guardaba en las caballerizas de un hacendado amigo, y una vez en la casa, se daba comienzo a la ceremonia de ensillar al pacífico animal. Demoraba en colocar cada prenda e instruía a gritos: por qué lado del caballo subir a la silla, por cuál desmontar, cómo coger las riendas, la fusta y en qué posición sentarse para guiar con perfección.

Federico, recostado cerca de la bomba bencinera, los codos apoyados en el rollo de la manguera, observaba a este instructor fuera de servicio, enteramente rapado con excepción de un pequeño copete sobre la frente, análogo en calidad y color a los mostachos vueltos hacia arriba, que parecían aún más blancos al contrastarse con las mejillas sonrosadas.

Al terminar de ensillar la yegua, a la que cariñosamente apodaba *Donner*, levantaba a Federico en vilo y lo sentaba en la parte anterior de la montura. Luego subía con mucha elegancia y haciendo un característico chasquido con la lengua mientras le acariciaba la tuza, echaba a andar a paso lento camino del estero.

Sofía, tras la ventana de su dormitorio, los veía alejarse y, mu-

chas veces, el hecho de no participar en esos paseos, la impulsaba a bajar apresuradamente la escalera, coger un chal y envuelta en él, correr calle abajo tras los jinetes. Pero luego se cansaba, y al no darles alcance, volvía cabizbaja, susurrando: «Cuidalo mucho, papi, mira que es niño todavía».

Aun cuando el nacimiento de Federico vino a mitigar en algo el dolor que significó para Hans Lochner la caída del Tercer Reich, éste terminó por envolverlo, como sucede con la hiedra que va cubriendo los obstáculos que encuentra en los jardines sin cuidar.

A pesar de la distancia, los sucesos de la guerra dividieron las opiniones de todos. De este modo, a Hans, quien sabía que sus patrones estaban de parte de los aliados, le era sumamente difícil aparecer ante ellos como si nada hubiese ocurrido. Se sentía humillado, y el entusiasmo que despertó la victoria en estos criollos que no hicieron otra cosa por lograrla que girar las perillas de sus radios, se evidenció en demostrar al viejo Lochner un cierto desprecio injustificado, que sin embargo él sereno aceptó como merecido, ya que por su parte, en la época de la Alemania nazi, había experimentado idénticos sentimientos por sus patrones.

Nadie supo, ni siquiera Sofía, que Hans guardó durante la guerra, para cuando llegara la ocasión, una enorme bandera con la cruz gamada que después no sabía dónde esconder. Años más tarde la encontró Federico apolillada, revuelta con el carbón, en la salamandra de la portería.

Vistió uniforme para celebrar reuniones clandestinas con otros entusiastas de la causa que encontró en el pueblo.

Después de la capitulación, Hans olvidó aparentemente todo aquello, concentrándose en sus quehaceres habituales, pero sobre todo en los domésticos. Amplió el taller de fotografía, habilitando un cuarto destinado a pieza de guardar que había al término del corredor. Rellenó una piel de potrillo con paja y pintó telones bucólicos para los clientes. Se enorgullecía de una cortina al óleo recogida por ostentosos cordones y borlas, que dejaba caer un sinnúmero de pliegues y quiebres. Delante de este escenario, apoyados en contorneados plintos, los modelos posaban largas sesiones, en tanto el viejo Hans, vestido con su inseparable cotona blanca y de bruces bajo el paño, enfocaba la lente. Su figura gacha, que terminaba en el cajón sobre el trípode, hacía recordar a esos caballos falsos de farándula.

Pero estas actividades no lograron distraerlo, y poco a poco se

fue entregando a experiencias cada vez más fuertes, como una manera de contrapesar el desequilibrio que le provocaba la derrota nazi.

Comenzó por domesticar una jauría de perros policiales tan fiera, que atemorizaba a los operarios que transitaban por allí. Sólo él la asistía, y procuraba embravecerlos haciéndoles buscar peñascos que lanzaba atados de una cuerda a un palo. Pero luego los abandonó y las bestias quedaron sin otro destino que despedazar carne y desperdicios que Hans les arrojaba a distancia.

Los patrones de la fábrica lo obligaron (Hans sostenía que a modo de represalia) a desempeñarse además de sereno y portero, en correo. Para ello le proveyeron de una carretela de altas ruedas amarillas como los muros de la casa y que remataba en un toldo blanco de lona. Como las cuatro varas que lo sostenían eran muy frágiles, éste se mecía bastante con los vaivenes del coche. Su tarea consistía en acudir cada mañana al pueblo, recoger los diarios, la correspondencia, la carne y las verduras. Cuando Federico divisaba el balanceo del toldo desde la ventana de la pieza de su madre, corría a abrir el portón. El coche pasaba a gran velocidad junto al niño y Hans, sin mirarlo siquiera, le dejaba caer una revista infantil o alguna golosina.

La polvareda del carro le impedía agradecer el pequeño obsequio. Luego de repartir los encargos, el viejo Hans volvía a la casa para quitar los arneses y abreviar al animal. Este regreso del coche inquietaba a Federico. El crujido del ripio bajo las ruedas encintadas de acero era para él como un ruido premonitorio que le producía angustia.

Por las tardes, Hans adquirió la costumbre de beber cerveza negra mezclada con ingredientes extraños que convertían aquello en un brebaje espeso de color violeta. Ingería en exceso y luego le daba por hacer acrobacias en la bicicleta de Sofía. En cierta ocasión se lanzó al estero y en otra, en la piscina municipal de Olmué, trepó con la bicicleta al trampolín y, borracho, gritando groserías, se arrojó al agua en medio del estupor general. También soltaba la jauría de noche y asustaba a Federico, narrándole historias macabras de un hombre-lobo que vivía al borde de las acequias, o asegurándole que cada vez que tocara el violín, el demonio le observaría sobre el hombro.

Esta violencia y desarreglos llegaron inevitablemente a su fin. Federico se encontraba esa mañana en el cuarto de Sofía, aguardando con impaciencia ver aparecer en el recodo del camino el toldo blanco del coche. Pero fue su madre quien lo divisó primero:

— ¡Ahí viene, corre, ábrele el portón a tu padre!

Como de costumbre, antes de que el niño alcanzara a replegar la enorme hoja de madera contra la cuneta, el vehículo entró con gran estrépito en la fábrica. Pero a diferencia de otras ocasiones, frenó bruscamente unos metros más adelante. Federico vio como su padre daba de latigazos al animal, en tanto que le mantenía tirantes las riendas, obligándolo a relinchar erguido sobre las patas traseras. Luego viró el coche y lo condujo hacia la casa. El ruido de las ruedas en el ripio aterró al niño, que instintivamente subió al cuarto de su madre. Hans Lochner se dejó caer pesado en tierra. Bajo los faldones de la cotona empuñaba un revólver que descubrió al subir la escalera. Los estampidos atrajeron la atención de los operarios, quienes acudieron alarmados. El proyectil destinado a Federico no le alcanzó. Sofía, en cambio, murió instantáneamente al recibir varios impactos en el abdomen y Hans, creyendo a ambos muertos, se destapó el cráneo, yendo a dar de bruces sobre una palangana.

Federico se retiró del balcón y, mientras corría las pesadas cortinas, dejó atrás la imagen de ese niño rubio de pantalón muy corto y tirantes de cuero, que aterrado miraba la escena del crimen.

Al descender ágilmente la enorme escalera alfombrada, vestido de blanco, su figura esbelta tenía la apariencia de un ángel. En el descanso se detuvo para desabrochar el último botón de su chaleco y así cumplir con esa convención caprichosa. Y en ese detalle lo invadieron nuevamente los recuerdos, pero él, haciendo un esfuerzo, los apartó y bajó los peldaños que aún le restaban.

2.

Las personas que frecuentaban la casa sostenían que lo que Federico Lochner daba a su esposa, Cleopatra, mujer no sólo adinerada y mayor, sino a la que le faltaba un ojo, eran su juventud y apostura a cambio del dinero, la mansión, viajes y automóviles.

Pero bajo esa falsa apariencia había razones más profundas, que ellos mismos ignoraron hasta donde les atarían.

Hay relaciones que se cumplen y dejan un recuerdo agridulce, por haberlas logrado, y también perdido. Otras no se interrumpen. Federico y Cleopatra estaban unidos por una de éstas, creyendo sin

embargo que su enlace pertenecía a los transitorios, convenidos, fácilmente analizables. No obstante, aunque sabían que su unión en un comienzo había sido pactada, fueron con el tiempo víctimas de una identificación paulatina, como acontece a los que se miran en aguas revueltas y sólo van reconociendo sus rasgos a medida que éstas se aquietan. Y esta actitud resultó recíproca, haciéndoles a ambos resistir, porque ninguno de los cónyuges quería enamorarse.

Cleopatra Lebas, antes de su matrimonio, no sólo por el interés que suscitaba su inmensa fortuna, sino también por la piedad que despertaba el hecho de que le faltara un ojo, se había escudado tras una actitud desconfiada, difícil de vencer por medio de los ardides del amor.

Sus primeros años los pasó rodeada de pretendientes, en los que siempre supuso dobles intenciones. Por ello, cuando advirtió que la juventud se le escurría, no sólo de entre los dedos, sino que a través de las celosías de las ventanas del primer piso, y se remontaba sobre la cima de los árboles exóticos y monumentales que rodeaban la mansión, cedió a los requerimientos del más apuesto y frívolo de sus admiradores, Federico Lochner, quien ocultaba su condición humilde y su pasado, tras costosos trajes que lo convertían en un príncipe en el exilio cuando por las noches regresaba al desmantelado dormitorio de la pensión para estudiantes que habitaba.

La historia de Cleopatra Lebas, sumada al esplendor del parque y de la casa, hacían un conjunto — demasiado interesante —, según decía un amigo que siempre rehusaba visitarla. Y estas palabras denotaban el cansancio que a él le provocaba «hacerse cargo de una señora a la que le faltaba un ojo y le sobraba un parque». Hubo temporadas en que los asiduos la inducían a imitar a la princesa de Eboli, de quien aseguraban, el parche negro que llevaba sujeto de dos tirantes le daba un encanto especial. Pero Cleopatra prefería los anteojos ahumados, aun cuando lo del parche no dejaba de ser una tentación permanente para su vanidad. Argüía ella que también lo habían llevado los corsarios, y entonces se desencadenaban interminables discusiones sobre la diferencia entre un parche de pirata y la elegancia sin igual de aquél que el retratista español había pintado sobre la cuenca vacía de la princesa de Eboli.

— Me gustaría haber visto una fotografía de la princesa — insinuó alguien por lo bajo, tentando de risa a buena parte del auditorio y aun a la misma Cleopatra, quien no sospechó que se reía de sí misma.

Pero estas tertulias se suspendían por temporadas, y ella presta-

ba oídos sólo a las voces y ruidos de su mente. Imaginaba mil soluciones a sus problemas, mientras friolenta, los brazos cruzados y provista de sus lentes, paseaba bajo los gigantescos árboles que filtraban manchas precisas de sol en los trazados de gravilla.

Todo este jardín exuberante y antiguo estaba construido sobre terrazas de distinto nivel, las que dejaban caer en la inmediatamente inferior, frondosas hiedras que ocultaban las hileras de balaustres de piedra; incluso se deslizaban por las escaleras que comunicaban estas explanadas. Al término de las barandas, sobre labrados plintos, había estatuas de musas pulsando liras de mármol u ofrendando coronas de laureles esculpidos, que la intemperie borroneaba replegando sus formas, como defensa del tiempo, a modo de resistencia. Entonces, esos rostros que recién salidos del taller parecieron inmunes al deterioro, ahora mostraban de cerca la aspereza de la muerte. Desde lejos no se percibía su corrupción sutil.

Y Cleopatra, al sentirse indefensa frente a esas estatuas, cinceladas para mirar desafiantes el transcurso de muchas generaciones, pensaba que no eran tan invulnerables como parecían, ya que podía desprenderse desde lo alto la rama seca de alguna araucaria y diseminarlas en pedazos, lejos de sus pedestales.

Difícil era sin embargo que esto ocurriera, ya que el tiempo, precisado de testimonios, se hace cómplice de los bustos, frisos, barandas y de todos esos ornamentos de piedra, hierro o mármol que decoran los jardines. Por ello, al desgastar lentamente las piezas de una pileta o dar pátina a una ánfora olvidada en un rincón de sol, les retribuye su deterioro, convirtiéndolos en signos de belleza.

Así, la agonía en un rostro de granito, lo vuelve imperceptiblemente otro y otro con el correr de los años, precipitándolo en sucesión cada vez más vertiginosa a lograr la armonía.

En el parque de Cleopatra, había un busto de un viejo mendigo que rejuvenecía con el maltrato del viento.

La madreselva, perecedera e inconsciente, acudía a cobijarse junto a los relieves de unos sarcófagos antiguos que había cerca del estanque, para resaltar la pretensión de eternidad oculta en ese grupo de figuras atrapadas en el mármol, acentuando así la imposibilidad de durar dos primaveras que tienen las hojas perecibles de esas plantas. Esos sarcófagos requerían asimismo de la acariciadora cercanía de las hojas del acanto, para que el claroscuro que administraba con sus vaivenes, diera vida a esa muchedumbre muerta. Las luces inter-

mitentes que manchaban esos bajorrelieves, convertían los juegos y danzas de esos sátiros y bacantes en actos bulliciosos, escuchándose ilusorias risas rezagadas, voces juveniles que dejaba escapar el silencio del pasado.

Necesario le era a un Cupido relegado del grupo, el rayo de sol que recibía en sus labios.

Entre todas estas consideraciones alternaba Cleopatra, quien en el fondo nunca había encontrado a la belleza tan bien representada, como cuando en su soledad la descubrió en el entendimiento que había entre la materia esculpida y la hierba. Naturaleza transitoria y pretensión de durabilidad, hacían una ilusión de polos opuestos que excitaba su imaginación. Mundos tan contrapuestos como la rama que proyectaba un arco de sombra sobre la inscripción de una lápida, o el agua de la fuente que desdibujaba al caer las facciones de un centauro, o la enredadera que vestía de primavera a las musas, eran para ella señales de que allí se conjugaban los elementos que la hacían posible.

Cleopatra meditaba en esas formas tan gastadas de la belleza tradicional, aduciendo que tal vez no las había mejores. Y volvía su atención al friso de los sarcófagos cubiertos de musgo y hojas de acanto. No cesaba de regocijarse ante lo estático de esos bajorrelieves en movimiento, contradicción profunda que había detenido a esas figuras en sus gestos más transitorios. Y ante esa imposibilidad de cambio, la naturaleza hacía gala del suyo.

Al fauno grotesco que lejos del conjunto de las piezas más delicadas, y en medio de un claro, desafiaba abiertamente al sol y las lluvias torrenciales que repercutían en su frente de hierro, lo alcanzó también la muerte y, de la noche a la mañana, sin que nadie se lo explicara, amaneció enteramente agrietado. Esta enfermedad contagió a uno de los dos leones sumisos que había en las proximidades de la glorieta. De este modo, el parque integró a sus habitantes inmóviles, aun cuando para lograrlo le fue necesario partir en dos algunas ánforas, decapitar una Venus, trizar al fauno de hierro o asediar de enredaderas y follaje al resto.

Producida la dependencia entre la vegetación y la estatuaria, Cleopatra Lebas tuvo la certeza de que en su parque albergaba a la belleza. Años más tarde sospechó que tal vez no era tan fácil atraparla, porque en muchas ocasiones se presentaba desaliñada, irreconocible, haciendo poco alarde de sus atributos, para así reinar sobre las personas de condición caprichosa más largamente.

El amanecer remoja los lugares y, sin embargo, es la hora del ocaso la más bella. Cleopatra permanecía horas interminables ante el espectáculo del atardecer, y percibía la dimensión distinta que adquirirían los árboles al perder su volumen con la ausencia de la luz. Las formas planas del follaje contra el azul estrellado le parecían escenas acuáticas, vegetación del fondo de los mares. Y si hubiera visto navegar de soslayo a una embarcación submarina por entre las altas ramas, rumbo a la luna, no le habría sorprendido.

Los verdes profundos y el azul color del secreto, fondo donde las estrellas parecen atender únicamente a la tierra al mostrarse diminutas en torno de ella, no engañaban a Cleopatra, quien sabía que eran enormes y que continuaban hasta colindar con quién sabe qué ininteligibles límites.

Y la brisa, que no hacía mucho le había traído trunca pero inconfundible la voz de Federico, que desde el balcón daba órdenes al chofer, se volvió más persistente, y ella, abandonando el escaño y el parque a la vida inútil de las estatuas, entró en la mansión para cenar con su joven esposo.

3.

Sentados a la mesa, Cleopatra y Federico, aparentemente ocupados en el ritual de los cubiertos o en el intercambio de frases banales, dejaban vagar lejos de allí los secretos pensamientos que les invadían. Porque nunca se advierte tanto lo secreto y verdadero como cuando se está en presencia de lo falso. Por sobre todo predomina el ser profundo de cada cual, irrumpiendo incluso a través de un gran amor. Éste no amalgama a los seres confundiéndolos en uno nuevo con lo que cada uno aportó a la relación. Durante un tiempo es eso lo que los amantes creen, pero luego, cuando vienen las etapas de recuperación, en que las partes tratan de salvar, como de un incendio, lo que pueden, se dan cuenta de que de no hacerlo, estaban destinados a formar una sociedad basada en la rutina.

Como el desamor no es recíproco, es triste ver que antes de que los integrantes de una pareja den por terminada la relación, se produzcan equívocos, al pretender uno de ellos volver a los tiempos del inicio, etapa ya superada imposible de revivir. Así, Federico y Cleopatra, quienes en un comienzo se unieron tan fríamente, y luego descubrieron

cuánto se querían, hoy estaban seguros de que el tiempo les había disuelto el amor. Como se trataba de personas honestas, que no se inventaban el amor más allá de sus límites, se sabían tristes de encontrarse otra vez solos. Desgraciadamente, sólo el amor brinda la esperanza y la salud. Cleopatra y Federico, conscientes del estado en que se hallaban, tenían por delante caminos opuestos para continuar.

Y en esta etapa, a ambos les preocupaba la suerte del otro. Porque, terminado el amor, es doloroso dejar en el abandono a quien se ha adorado, y al mismo tiempo, el respeto que debemos a esa persona tan querida, nos impide mostrarle piedad, confundiendo esta honradez con frialdad y egoísmo. Y como las personas que se han dejado de amar no encuentran un sustituto al mismo tiempo, sucede que el que lo logra primero se siente en culpa de vivirlo, porque tiene presente la soledad en que ha dejado a su amor pasado. Cleopatra, en desventaja frente a Federico, era la preocupación de su esposo, y esta inquietud anulaba sus expectativas y le disolvía rápidamente los encuentros, convirtiendo en amoríos posibilidades que pudieron resultar más serias. Por su parte, Cleopatra prefirió aplazar la solución de su problema, para así inmovilizar a Federico, quien lleno de remordimientos, no se atrevía a dejarla.

Esta táctica sutil de Cleopatra la llevó a la resignación y a encontrar refugio en la belleza de su casa y del parque. Pretextó que no tenía la facilidad de su esposo para volver a conquistar lo perdido y, al capitular, ahondó su identificación con la naturaleza. Así, se volvió para Federico imagen de soledad, y su actitud estoica conmovió a todo el mundo, confluyendo los juicios y las difamaciones en los actos de Federico, quien, lejos de pretender herir a su mujer, sólo deseaba sobrevivir al desamor.

En su infidelidad, mostró Federico mucha más consideración a su esposa que la que ésta tuvo con él en su resignación y conducta intachable. Pero como siempre sucede, estos hechos se prestaron a equívocos, y los más cercanos, que se creían más enterados, justificaron los hechos aduciendo que debía ser muy duro para un hombre joven estar casado con una mujer tuerta, y comprendían que llegado el momento la dejara. Ninguno, ni siquiera Cleopatra, creyó que Federico la había amado sinceramente por encima de su defecto. Terrible resultaba para él ser el único que conoció su amor por ella, amor que siempre pusieron en duda los demás. A tanto llegó la incredulidad de Cleopatra y su círculo, que Federico tomó como argumento de su desamor el defecto de su mujer, ya que era el que todos, incluso la víctima, aceptaban como

razonable. En vano, Federico intentaba hacerles creer que la había dejado porque ya no la quería, y que mientras la amó, y después también, nunca pensó en el ojo que a ella le faltaba.

Sin embargo, a pesar de que resultaba más conmovedor Federico en su afán por dejar atrás esa relación cumplida y emprender otras nuevas, y que veía a Cleopatra empecinada en no perderlo, resignándose a amarlo unilateralmente, lo que él calificaba como actitud obcecada, destinada a coartarlo, la verdad es que Cleopatra no podía emprender nada nuevo porque lo adoraba. Y lo que Federico advertía como egoísmo, era en el fondo la pena de saberlo irrecuperable. Y todos los aspectos exteriores, como ser el dinero, la falta del ojo, la juventud de Federico y tantos otros, apuraban la ruptura, como aguas almacenadas por diques que ya no son capaces de contenerlas.

Cleopatra Lebas se sabía desposeída al mirarse en el espejo, y su único ojo adquiriría la doble intensidad de quien se reconoce en el abandono. Haber perdido el amor como le ocurrió a ella era peor que no haberlo conocido.

Y nuevamente el parque extendió ante su alma enferma todo el esplendor de su abandono, y sumó a la soledad de sus grandes árboles el dolor de su dueña que, frágil y diminuta, zigzagueaba desesperada entre sus robustos troncos, cruzando zonas de luz radiante para ingresar en sombras sorpresivas y emerger otra vez al sol, y así perderse de nuevo en la oscuridad de los senderos guardados por ninfas y dioses terribles de mármol. A veces la lluvia repentina, que con la fuerza de la altura perforaba y esparcía el ripio de los senderos, golpeaba de frente los cristales de la mansión, rebotando empedernida sobre el latón de las mansardas o cargando ramas que se inclinaban pesadas sobre el camino.

En su ansiedad, conoció ella la impasibilidad despiadada de los objetos escogidos como víctimas de la belleza. Aprendió hasta sus últimas consecuencias la infinidad de pormenores que se requieren para lograrla, y se adentró en su secreto como lo haría un gusanillo por los vericuetos más recónditos de un caracol enorme, deslumbrado por el cambio constante de la acústica y la degradación de los colores.

Instalada tras la ventana de uno de los salones del primer piso, aquél de las celosías doradas por el polvo y el sol, permanecía largas horas, perdida la mirada en una réplica del Perseo de Cellini, que emergía de un soporte cubierto de salvias y helechos. Como lo miraba sin verlo, el Perseo, no intimidado, desplegaba libremente todos sus

secretos de armonía y fuerza, como los pájaros que aprendiendo con el tiempo que los Cupidos de hierro de las fuentes son inofensivos, comparten con ellos sus baños matinales, faltándoles el respeto, subiéndoseles a la cabeza, haciéndolos aparecer vivos al volverse ellos, en los momentos extáticos, en pájaros de fierro. Así Cleopatra conoció la vida secreta de las obras de arte, tan caprichosas como la gente, púdicas en su evidencia de hermosura. Y como desconocía la historia de Medusa y quién era Perseo, se imaginó otra, atribuyendo esa decapitación a una simbología acorde con los trastornos que estaba ella viviendo.

Sobre esa imagen del Perseo proyectó ella entonces las del recuerdo, y éstas se fueron sucediendo en una superposición infinita de actos de dicha e infortunio. Volvieron a surgir los días que siguieron a la boda, en ese balneario que no tenía más actividad que fletar pasajeros en un lanchón acondicionado como embarcación de recreo. Recordó que ella, menos ágil que Federico, se resistía a correr como lo hacía él por el muelle, y entre risueña y secretamente tentada de hacer cabriolas como su joven esposo, desconfiaba de su propia destreza, ocultando esa impotencia tras el pudor y la sorpresa que estas invitaciones parecían producirle.

También evocó que la mañana en que planearon embarcarse y hacer la pequeña travesía orillando las playas cercanas, ella, complicada con una chupalla, demoraba ante el espejo. Federico, perdiendo la paciencia, la condujo apresuradamente a lo largo del muelle y, cuando agotados se disponían a bajar la escalinata, vieron que recién el lanchón dejaba el embarcadero. Fue cuestión de un segundo, y en tanto Federico azotaba con decepción la gorra contra la baranda, dando gritos para que se detuvieran, ella pensó que aquello significaba la imagen viva de ese amor y de su inevitable desencuentro, que lo haría deslizarse lejos cuando estuviera a punto de cumplirse.

Un suspiro o una lágrima alejaba la visión del pasado, y volvía a emerger el Perseo, empuñando sólo el pomo de la espada, perdida la hoja en quien sabe qué traslado.

Cuando Cleopatra deambulaba entre los árboles, evitaba transitar cerca de esa escultura, porque prefería ocuparla desde la ventana como referencia de sus añoranzas. Por esta razón, no descubrió sino hasta muy tarde que la cabeza de Medusa que el guerrero sostenía en la mano, tenía por cabellera un puñado de víboras. Y ante este espectáculo horrendo dio un grito de sorpresa, entrando apresurada en la casa. De allí en adelante, la visión del Perseo no sólo le significó un estímulo

para recordar su pasado melancólico y placentero, sino que también le sirvió para tejer las más sórdidas conjeturas acerca de su presente y de las infidelidades de su esposo.

Y al desdibujarse el verdugo de la mujer coronada de serpientes, ella superpuso sobre él otras visiones menos amables que aquélla del embarcadero, pero en el fondo no menos significativas. Quizás el hecho de que éstas vinieran con fuerza a su recuerdo, se debía al manajo de reptiles que le hacían finalmente examinarlas a la luz de la razón, y no como había ocurrido antes, cuando rehusaba dilucidarlas. Años más tarde volvieron de visita al lugar del embarcadero y, poco antes del regreso, Federico entró sorpresivamente al pequeño comedor rústico de la antigua casa en que habían pasado la luna de miel, y abriendo el periódico lo puso sobre la mesa. Cleopatra comprendió que se trataba de una invitación, y haciendo esfuerzos por interesarse, en cuanto supo que era la exhibición de un filme que estrenaban en el pueblo vecino, se apresuró a estar lista lo antes posible.

Federico condujo veloz el automóvil, y una vez en el teatro, provisto de golosinas y en un estado de excitación casi infantil, no cesaba de comentar los episodios de la historia que iban proyectando. De pronto todo adquirió otro cariz y Federico guardó un silencio muy ajeno a su personalidad extrovertida. Cleopatra sintió que algo sucedía en la oscuridad de la sala. La inquietud de su esposo no era provocada por los actores de la cinta, sino por alguien que estaba cerca. A la salida, Federico condujo a Cleopatra apresuradamente a la calle, en medio del gentío que abandonaba el teatro, y murmurando incoherencias detuvo un taxi, subió en él a su mujer, dándole al chofer las señas para que la dejara en la casa. Cleopatra, desconcertada, miró por el vidrio trasero y, antes de que el taxi se pusiera en marcha, vio a Federico regresar al teatro, atropellando al público que salía. Iba fuera de sí, como un poseído, en dirección contraria al mundo. Cleopatra, recostada en el asiento de ese viejo taxi, dejó vagar la mirada sobre los celestes del mar y del cielo, en tanto que el automóvil solitario orillaba dificultosamente la costa.

Bien entrada la noche, regresó Federico, desaseado y algo ebrio. Aquí Cleopatra, bruscamente volvió su atención al Perseo vengador para encubrir ese recuerdo, y su único ojo se detuvo lleno de resentimiento sobre la empuñadura de la espada que había perdido su hoja y aparecía inservible en las soleadas tardes de un parque.



Adolfo Couve

Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

